

TEATRO DEL CIRCO.—*El Mercader Flamenco*.—*Sobresaltos y Congigas*, drama original de los Sres. Valladares y Doucet.

No ha sido tan afortunado el Circo como su rival, porque parece, según hemos oído decir, que existen rivalidades, y otras cosas que existir no debieran. Las piezas que se han ejecutado en este teatro no han llamado tanto la atención como las que se han ejecutado en el Principe.

Dejemos dormir en paz al *Mercader Flamenco*, obra que ni es del todo mala, ni tampoco en justicia puede decirse que es del todo buena. Es así como venimos á ser todos los que este mundo habitamos.

Ocupémosnos en analizar el drama original titulado *Sobresaltos y Congigas*, que ha dado á conocer á dos nuevos poetas dramáticos. Nótese efectivamente en esta obra el sello de dos injenios; el que de los dos haya escrito algunas escenas del género cómico, salpicadas de chistes, es indudablemente el que mas dotes descubre para el teatro, y el que con estudio y con conciencia, cualidades que en el día se echan de menos en ambos, logrará honra y provecho, ya que la primera vale tan poco si el segundo no la acompaña. El conjunto del drama es monstruoso; allí se han haciendo escenas sobre escenas de diferentes géneros y escuelas, como si los autores hubiesen querido tantear sus fuerzas y averiguar la predilección de su talento. Hay cosas del melodrama francés, lances de nuestros antiguos poetas, pasajes de comedia moderna, y todo marcha revuelto y mal barajado sin plan ni sistema fijo, y á salga lo que saliere.

Oímos con gusto la primera mitad, al paso que la segunda cansa la atención del público hasta el punto de fatigarlo.

Los sucesos del drama acontecen en la época de Felipe V. El nudo de la intriga es una jóven francesa llamada Enriqueta, la cual conspira por cuenta de la célebre princesa de los Ursinos, en unión de un tal D. Luis. Ambos á dos conspiradores estaban casados, aunque no entre sí; la francesa era esposa secreta de un ente escipión, D. Juan de Quiñones; D. Luis á su vez se encontraba unido con lazos indisolubles á una pri-

ma del D. Juan, jóven sentimental y plañidora. Los dos conspiradores andaban distraídos con sus planes y proyectos, encaminados á derribar al cardenal Alberoni. Para complicar la intriga hay además un general adicto al ministro contra el que iban dirigidas todas las tramas el cual general es padre de la mujer de D. Luis. Esta lloraba de celos al ver que su marido acudía á las citas de la linda francesa; el imbécil Quiñones estaba en júbilo; triste juguete de las intrigas de su mujer, rodaba de peripécia en peripécia, divirtiéndose al público, y sosteniendo el interés del drama por medio de la risa; el general bebía los vientos para averiguar los autores de la conspiración. Pero todavía falta; puesto que aun no hemos mencionado á un tal Dupren, de nación francesa, que es el traidor del drama, el cual hacia á pelo y á lana, y al fin muere de mala muerte, como un mal hombre que era.

Todos estos personajes se mueven al antojo de los autores y de una manera caprichosa. Trastornos nos ha costado dar una leve idea del argumento, y penetrar en ese laberinto de personajes y sucesos estranos é increíbles.

Ha sido en verdad una especie de estragancia en estos jóvenes que descubren disposiciones dramáticas en tal ó cual escena, en alguno que otro diálogo y en varias situaciones cómicas, escribir un drama semejante, ó sea una especie de mosaico.

La versificación es muy desigual; trozos hay que suenan bien, mientras que en otros se advierte gran descuido y desaliño. El público llamó á la escena á los dos jóvenes autores; esta hermosa demostración debe estimularlos á cultivar un solo género y no todos á la vez, como han hecho. No quisiéramos que nuestros literatos imitasen la costumbre de los franceses, que establecen una *compañía de literatura* para elaborar un drama, como pudieran establecer una compañía de comercio para llevar á cabo una negociación mercantil. Las leyes de la naturaleza prescriben que cada hijo tenga un solo padre. El Señor Lombrada nada dejó que desear en el desempeño del papel de D. Juan Quiñones. Las otras partes no eran difíciles de ejecutar.

EL PENSAMIENTO.

PERIODICO DE LITERATURA Y ARTES.

UNA VISITA AL ESCORIAL.

Mucho tiempo hace que ardia en deseos de visitar el Escorial, sin que las circunstancias permitieran de mi vida me hubiesen permitido consentir esta natural curiosidad, que todos mis pensamientos y estudios contribuian á avivar y encender. No era una vana recreación de los sentidos, ni el ansia de respirar aires mas frescos y benéficos que los abasados de la capital, la que sin cesar me hacia volver la vista á las faldas del vecino Guadarrama; el pasto de la imaginación y del entendimiento, junto con los ecos del corazón, era lo que yo buscaba en aquellos sitios y monumentos, testigos elocuentes, aunque mudos, y en el día desamparados, de aquellos tiempos en que el poder, la sabiduría y el valor eran el carro de triunfo en que el nombre español paseaba los ámbitos del mundo.

En aquel emporio del arte esperaba encontrar la espresion viva y animada de nuestra nacionalidad á fines del siglo XVI, y algun reflejo del sol de la monarquía que entonces brillaba en mitad de los cielos y que tan rápidamente se avencindaba al ocaso.

Ocupado en estos pensamientos me encaminaba este año al Escorial, y no acertaré á decir si fué mas de alegría que de tristeza la impresion que PRIMERA SERIE, TOMO I, 10.ª ESTREBA.

recbí, cuando desde las áridas cuevas de Galapagar vi dibujarse sobre el fondo palado y pardusco de las montañas las torres

Y el ventanaje del soberbio lienzo
Del templo angusto que ofreció famoso
Filipo en San Quintín á San Lorenzo.

Verdad es que se me cumplia uno de mis votos mas ardientes; pero ¿en qué estado iba á encontrar esta que sino puede llamarse la octava maravilla, con razon se cuenta entre las maravillas del mundo y puede apellidarse uno de los milagros del injenio humano? No hace muchos años que un poeta ilustre decia de ella:

Que en destinos contrarios
Es palacio magnífico á los reyes,
Y albergue penitente á solitarios;

pero los solitarios ya no le habitan y hace tiempo que la planta de los reyes no atraviesa sus umbrales.

Desde luego cautivó mi atención la perfecta armonía que guardaba la casa de los cenobitas con los lugares en que tenia su asiento y con el objeto de su instituto. Situada á media altura de la desnuda y difícil montaña, y dominada como señora los frescos vejeteles de la Heredia y de la Fresneda, estaba en la actitud de un hombre que decidido á levantar su espíritu á las regiones de la meditación y del sentimiento, se despidió de los huertos deliciosos de la llanura, y á la mitad de su penoso camino se para á

colbrar aliento para mejor trepar á la montaña áspera de la abnegación propia. Ya sabía yo que la elección de sitio había sido objeto de la mas viva solicitud del fundador, y que solo despues de muy maduras deliberaciones habian merecido su aprobación las colinas que dominaban la entonces miserable aldea del Escorial; pero tan acordado acuerdo comenzaba á poner de hulto ante mis ojos su alto espíritu y rara capacidad.

Mi primer cuidado al apartarme fué lanzarme en busca de la entrada y fachada principal del monasterio. Descaba juzgar por mi mismo, en cuanto mis escasos conocimientos alcanzasen, si eran fundados los cargos que habia oido hacerle sobre la mezquindad que resulta de las medias cañas ó columnas empotradas, del numero ventanaje y de la desnudez jeneral y excesiva. Ajeno casi por entero á los conocimientos profundos que sirven de base al arte difícil de la arquitectura, poco peso debe tener mi opinion en tan áridas materias; pero los que de esta sencillez y severidad levantan un cargo al edificio, me parece que se olvidan de la significación y filosofía del arte. Si la conformidad con el objeto es la primera ley de todo edificio, fuerza será convenir que el aire grave y modesto del conjunto era lo único que podía decir bien con la austeridad y recogimiento monacal y con el carácter del fundador. En vez del palacio de los poderosos reyes de España vean el monasterio de San Gerónimo, y seguro es que su opinion se modificará.

De todos modos, y cualquiera que sea la impresión que resulte de la fachada, el soberbio patriotismo de la iglesia y de las demas riquezas arquitectónicas y de todas clases de la fábrica. La trazaron, ajuste y buena correspondencia de que resulta gran hermosura, á pesar de que ningun mérito especial tiene la arquitectura que forma los lienzos de norte, poniente y mediodía; las seis magníficas estatuas colosales de otros tantos reyes del antiguo testamento, y las dos gallardas y elegantes torres, forman un conjunto de todas veras sorprendentes.

La iglesia era el principal objeto de la obra de Felipe II, así porque con ella cumplia el voto ó promesa hecha á San Lorenzo el día de la victoria de San Quintín, como porque pensaba que sirviese de panteon réjio estreñandola con el entierro y traslación del cuerpo de su augusto

padre que en su testamento le habia dejado encomendada la elección del lugar de su eterno descanso. Así es que como advierte muy bien el P. Sigüenza (1) á ella van á parar como á un centro común, y están subordinadas todas las líneas y partes del inmenso edificio con tan esquisita armonía y tan completa unidad, que desde luego se conoce el particular amor y esmero del fundador y de los arquitectos. No ha sido ni es mi ánimo detenerme en la relación de sus partes y adornos de todos jéneros, porque esto además de prójimo y poco necesario, habiendo tantas relaciones precedentes, estenderia demasiado los límites de este artículo; pero me parece digno de advertirse que en este templo que anonada con su grandeza y debajo de su soberbia cúpula, es donde se concibe la inmensidad de la obra que emprendió y prosiguió con ejemplar constancia por espacio de treinta y ocho años uno de nuestros mayores monarcas.

Animado debía de ser el cuadro que presentan no ya las cercanías del Escorial únicamente donde tantos millares de hombres y de bestias sin cesar iban y venian con tan maravilloso órden y concierto como pudieran las abejas en una colmena, sino tambien otros puntos mas distantes en que nacionales y extranjeros trabajaban de consuno para dar cumplimiento á tan ardua vida empresa. En las canteras de jaspe, veinas al Burgo de Osmá, andaban sacando y labrando españoles é italianos los jaspes pertenecientes á la fábrica. En Madrid se hacia la obra de la custodia, el relicario y parte del retablo grande, y en Zaragoza se fundian y labraban las réjas principales de bronce de la iglesia y los antepechos que corren por lo alto de ella. En las Sierras de Filabres se sacaba mármol blanco, y en las de las Navas, y en Estremoz, y en las orillas del Genil junto á Granada, y en las sierras de Aracena y otras partes mármol pardos, verdes, colorados, negros, sanguineos y de cien hermosos colores y diferencias. En Florencia y en Milan se fundian grandes figuras de bronce para el retablo y enterreros. En Toledo se hacian lámparas, candeleros, ciriales, cruces, incensarios y navetas de plata. Al mismo tiempo se pintaban multitud de cuadros y de historias, los frescos de Pe-

(1) Historia de la orden de San Gerónimo, libro 4.º discurso XII.

regriñ de Peregrini, y de Liguero; los admirables cuadros al óleo de nuestro insigne Juan Fernandez de Navarrete, el *Mudo*, las no menos pasmosas iluminaciones de los legos Fr. Julian y Fr. Andres de Leon; venian de Flandes otras innumerables pinturas de paisaje; cincelaba Juan Bautista Moncayo sus hermosos estampas, y se acopiaban libros riquísimos para llenar la magnífica biblioteca. No hablo aqui de las demas obras rurales ó pertenecientes á este jénero que en la Huerta, en la Fresneda y en el Quejigar se continuaban con singular empeño, ni menos de las fuentes, conductos, arcos de agua, fundiciones de todas clases, ornatos preciosísimos de iglesias; solamente he querido presentar un breve resumen del aliento y calor que entonces recibian del rey, inmediato inspector de todo, las artes mas nobles y mas dignas de levantar el injenio del hombre á pensamientos sublimes.

Era Felipe II asentado y grave en demasia en todos sus planes y propósitos para pagarse de rebombones pasajeros y ceder á la necia vanidad de ostentar lujo y esplendor. La solidez, la claridad y el buen concierto y correspondencia de las partes forman la base de este edificio, en que sin embargo el portinor mas insignificante y abandonado al parecer descubre de muy lejos la magnificencia del fundador. Los anchurosos y bien trazados escalones de la escalera principal, las jambas y dintelos de las enormes puertas, las columnas de la bella galería llamada de *los convalientes*, están labrados de una sola pieza, ofreciendo así líneas harlo mas puras y severas que si fuesen de materias mas preciosas y caricesen de tan noble calidad. En toda la obra se divisa la influencia de una inteligencia elevada y robusta, que con toda distincion abrazaba y clasificaba la portentosa unidad del conjunto y la no menos portentosa variedad de los detalles.

Cualquiera que fuese sin embargo la sencillez y llaneza del fundador en todo lo perteneciente á los usos de la vida y á las exigencias de la vanidad, donde quiera que se trataba de dar realce y desarrollo á una idea jeneral, todo venia estrecho á su grande animo. Buenos testigos de ello son las innumerables riquezas con que supo adornar la iglesia y todo lo adyacente, el lujo de ternos y ornamentos, las estatuas de bronce de Pompeyo Leoní, la custodia de Jacobo Trezzo, los frescos de Lucas Cambiaso, los cuadros al

óleo de Peregrin, del famoso Fernandez de Navarrete, de Alonso Sanchez Coello, el Triano Portués, y de Federico Zucaro; la esquisita labor, excelente diseño y riquísimas materias de la silla del coro, su librería numerosa y escogida, y por último, el maravilloso crucifijo de Benvenuto Cellini que está en el trascoro y sirve de digno remate á todas estas grandezas. El claustró principal que por andar á su alrededor las procesiones forma tambien parte de la iglesia, contrasta con la extraordinaria desnudez de los laterales por los frescos atrevidos y vigorosos de Peregrini, que á tiro de arcabuz descubren la gran escuela de su famoso maestro Miguel Anjeli; por las estatuas ó retratos cerrados y pintados por dentro y fuera, obra del mismo, de Rómulo Cincinato y de los españoles Luis de Carvajal y Miguel Barroso, por los lienzos del *Mudo* que adornan el claustro alto, y por el bello templete de los erangélicas que está en el medio con sus fuentes y estatuas de Juan Bautista Moncayo. Tal y tan grande era la acción de este monarca á las pompas del culto católico, cuya unidad simbólica representaba á sus ojos una idea luminosa de gobierno y de fortaleza, única que en el siglo XVI podia comprender su vasta y enérgica capacidad.

Sin embargo si á solo esto se redujese su magnificencia, á los ojos de aquellos para quienes el arte no levanta su voz mágica, pudieran pasar estos esfuerzos por hijos léitimos de un fanatismo poco ilustrado; pero el templo que levantó al saber en la sumtosa biblioteca, prueba que su alma estaba templada para comprender á su gran siglo. Sabido es que uno de los objetos de su predilección fué fundar á la par del monasterio un establecimiento completo de educacion, plantando y dotando competentemente un seminario destinado á la primera enseñanza, y un colegio destinado á la segunda, que han durado hasta nuestros dias. Harlo conocia que las luces y la verdadera religion se hermanan por una lógica y natural conformidad, y así es que no solo allegó para este gran depósito los libros propios de las ciencias eclesiásticas, sino que procuró convertirle en un centro común de cuantos conocimientos formaban entonces el patrimonio del entranamiento humano. Juntose grandísima copia de manuscritos de la mayor antigüedad y respeto, griegos, hebreos, árabes, caldeos, latinos, y los pertene-

cienas á las lenguas modernas; aquí vino á parar la famosa colección del célebre historiador y diplomático D. Diego de Mendoza; aquí se reunieron en crecido número devocionarios riquísimos y volumenes de grabados y dibujos escéltos para entonces, que podían servir de guía y de ejemplo á los que hubiesen de abrazar tan difícil carrera; aquí vinieron á parar también el códice aureo, joya inapreciable, no solo para la bibliografía, sino también para marcar los pasos del arte del diseño; el apocalipsi del apóstol San Juan con iluminaciones y figuras de gran precio para la historia del arte; y finalmente infinito número de globos, esferas, astrofobos, mapas, instrumentos astronómicos y jeográficos de todas clases, y hasta modelos de embarcaciones. Por duro y pesado que se hiciese el yugo de este rey en los puntos de fé y de creencias, fuerza es confesar que no era uno de esos tiranos vulgares que se convierten en centro de todas las combinaciones, y para manejar y dominar mejor la situación tienden á igualar con su pequeñez el movimiento de los pueblos que rijen. Felipe II no ahogaba sino que procuraba encaminar á un determinado fin los elementos de progreso intelectual y moral que tanto brillan en España, y mas bien acudíala que embarazaba la marcha jeneral de las ideas. No debemos olvidarnos de que en su tiempo con instrucciones en gran parte redactadas por él y escritas de su propio puño, acometió el ilustre Arias Montano la gigantesca tarea de su biblia polígota, monumento único en su tiempo de saber y de grandeza, así en el pensamiento como en la ejecución. A sus espaldas también, y por encargo especial suyo, emprendió el Dr. Francisco Hernandez, natural de Toledo, su viaje á las Indias Orientales, de donde volvió al cabo de cuatro años con quince tomos en folio, en donde traía pintados con sus propios colores y proporciones las plantas, animales y trajes de aquellas remotas regiones, y esplicadas con gran órden y concierto sus virtudes, usos y condiciones (1). El rey acedió con larga mano á los gastos de esta importante obra, y la hizo encuadernar con el esmero y decoro que merecía. Y por último, para prueba de la tolerancia de este rey en todo lo que inmediatamente

te no se rozaba con las cuestiones de gobierno y con el órden establecido, bastó advertir que Juan de Mariana escribió y publicó en su tiempo su libro *De Rege et regis institutione*, que poco después fué quemado en París por mano del verdugo, y que en determinados casos abogaba por el réjido; sin que á su autor le viniesen por eso disgustos ni persecuciones de ninguna clase. Escusado parece añadir que quien tanto honraba la sabiduría y los sabios procuraría aposentar sus obras de una manera digna de su poder y de sus altos pensamientos. Efectivamente la biblioteca del Escorial, al decir de nacionales y extranjeros, es uno de los monumentos mas notables que se han levantado á la gloria de las artes y las letras. Muchos de los segundos han atribuido á Miguel Ángel los admirables frescos de la bóveda; tan valiente y atrevida manera desplegó Peregrin en ellos. Aunque de jénero distinto no menos agradables parecen las composiciones de Bartolomé Carducci que corren á lo largo de las paredes por encima de la estantería, ahuyenas á la clasificación de las ciencias representadas por otras tantas matronas en la clave de la bóveda, comenzando por la filosofía y acabando por la teología, dechado entonces de perfeccion y término de todos esfuerzos y estudios. Con estos bellos adornos cubría la estantería de órden corintio tan bien concebida como labrada, y donde se emplearon las maderas mas ricas y costosas que entonces se conocían, como ébano, cedro, caoba, naranjo y otras varias que forman excelente concordancia con el pavimento y zócalo de mármol y jaspes, y con las mesas y demas adornos.

De esta hermosa colección, que aunque no tuviera otro mérito que el haber sido ordenada por el ilustre Arias Montano debería tener subido precio á los ojos de todos, consumió gran parte el desastroso incendio acaecido en tiempo de Carlos II. Allí perecieron la mayor parte de los manuscritos árabes juntamente con el estandarte del profeta que tomó en Lepanto D. Juan de Austria; y á duras penas se pudo cerrar á las llamas el paso á la pieza principal donde estan las pinturas de Peregrin y Carducci. Perdiéronse aquí grandes riquezas y originales que ha sido imposible reemplazar, y junto con ellos gran porción de instrumentos físicos y matemáticos.

Como segun ya dejó indicado no es mi propósito dar cuenta de las bellezas artísticas del edificio, y prefiero hablar de aquellas cosas que mas dan á conocer su índole y carácter, justo será decir algo del aposento del fundador. Si fuese necesario probar que su alma vivía en la región de las ideas y grandes hechos, bastaría la presencia de esta celda desnuda y pobre como la del último fraile para ponerlo de manifiesto. Hay un secreto impuesto que hieda y comprime á vista de aquellas paredes blancas, de aquel friso de azulejos, de aquellas mezuquinas ahuecadas medidas en la pared, de aquella silla de simple terciopelo verde con la banqueta para estender la penna mortificada de la gota, y finalmente del aposentillo lugubre y oscuro que dá vista al altar mayor, y donde sufrió su última y horrible enfermedad, cuya narracion eriza los cabellos, con la constancia de un estóico y la resignacion de un cristiano. Los padecimientos de Job en realidad no parecen sino simbolo y parábola incompleta de los de este monarca, que ni se quejaba ni disputaba sobre su inocencia, viendo su cuerpo consumido de podre, y que ni podían llegar á él, ni refrescarle, ni aliviarle en manera alguna. Ordenó qué su hijo se hallase presente al darle la estrema-uncion, y le dijo: «He querido que os halléis presente á este acto para que veáis en que para el mundo y las monarquías.» Encargóle mucho mirase por la religion cristiana y defensa de la santa fé, y por la guarda de la justicia, y procurase gobernar y vivir de manera que cuando llegase á aquel punto se hallase con seguridad de conciencia: mandóse descubrir las llagas grandes que tenia, y le dijo: «Ved, hijo, como trata el mundo y el tiempo á los reyes, y la igualdad con que padecen todas las miserias á que está sujeto todo hombre, y considerad que aunque yo he vivido con el cuidado que me ha sido posible de cumplir con mis obligaciones, aquí me ha castigado Dios hartas faltas que debo haber hecho, con lo que ha sido servido que padezca, y alla no sé como será; mirad qué hará á quien se derramare mas;» y mostrándole tras esto un crucifijo y una disciplina llena de sangre, le dijo: «Con este crucifijo muero, hijo, vuestro abuelo el Emperador, mi Señor, tan católico como yo, y con su ayuda acabó; haced vos lo mismo reverenciando esta santa imagen de Dios como lo debéis y hacemos su majestad, y yo, y mis sucesores las mercedes que puede hacerlos; y esta sangre desta disciplina no es mia sino del Emperador, mi Señor, y yo ejercí mal este bien, pero heia guardado porque demas que es nuestra, aprovecha para que nos acordemos de que nosotros, mejor que nadie, tenemos necesidad de derramarla en esta forma; tomad y guardad estas reliquias teniendo en mucho, y guardad con Dios, bendecido dél como de mí:» y bendiciéndole como pudo le dejó y no le vió mas.

He copiado este cuadro tan sencillo como sencillo del libro de Baltasar Porreño, titulado: *Dichos y hechos de Felipe II*, pensando de que darían harto mayor idea sus palabras que no las mías de este extraño carácter que con la muerte cubra, si cabe, mayor realce, como con un cristal de aumento. Carácter que con un sello indeleble está grabado en todas y en cada una de las partes del edificio, página en mi entender tan viva y elocuente de su historia y de la historia de la nacion, que tengo por incompleto cualquier estudio que se haga sin tenerla á la vista. Ni concluye en su reinado, pues sucesivamente la piedad de los reyes fué adornando y embelleciendo este monasterio con los lienzos admirables de Velazquez, Zurbarán, Carreño, Pantoja y Coello, y con los frescos de Jordan, que si bien incorrectos en su dibujo, con razon asombran por su imaginacion riquísima, composicion clara y atrevida, variedad infinita de escorzos y posturas, valentia en los términos, y sobre todo por su fecundidad y lozanía inagotable. De manera que allí patente se ve el vigor y decadencia en el arte, compañero del vigor y decadencia en la monarquía, pues para que ni aun contrastes falten á esta obra, al lado de la severidad magnífica y solemne del rey que solo gastaba en su casa cien mil ducados, se ven los púlpitos chillones y de perverso gusto y mezquino primor, mal pegados á la iglesia en tiempo del último monarca, que por su parte distraía tanto del fundador como su obra de los enteros reales y del retablo principal.

Si esta obra pasa con razon por una de las mas nacionales, por la mas nacional quiza de España, pues ninguna mejor ni mas completamente que ella refleja la fisonomía de aquel tiempo en que puesta debajo de la mano de Felipe II figuraba un cuerpo compacto y bien ligado; claro está que es deber muy estrecho de los que rijan sus destinos conservarla á toda costa. Mala cuenta darían de su encargo los que se olvidasen de

(2) En el año de 1790 se reimprimaron las obras del Dr. Hernandez en la imprenta de Ibarra, bajo la direccion del distinguido botánico D. Casimiro Ortega.

que las naciones vivan en su parte moral del entusiasmo que no se despierta sino á vista de los grandes pensamientos y de las acciones elevadas. Si prescindien de las necesidades intelectuales de sus pueblos, otro tanto valdria que gobernasen un rebaño de animales. Abandonar el Escorial á la mala suerte que ha comenzado á caberle con tanta injusticia como responsabilidad de los que pudiendo remediarlo no lo han hecho, equivaldria á proscribir tácitamente en España todos los impulsos nobles del corazon y del entendimiento; equivaldria á ajar el resto de dignidad y noble orgullo, que heradado circula en nuestras venas á despecho de la suerte; equivaldria finalmente á cegar una fuente de riqueza material privando á los extranjeros de este estímulo para visitar nuestro país, dejando en él su dinero y cobrando estimacion á un pueblo que si ha caído de la rueda instable de la fortuna, todavia no ha abdicado por entero su antiguo carácter. Harro importante papel se han arrogado los intereses para que el culto de los sentimientos y de las ideas ande tan tibio y abatido y desamparado de los pocos hombres capaces de apreciarlo.

El gobierno debe pensar en resolver con acierto el problema de la conservacion de este joyel inestimable, cifra de nuestra pasada grandezza. En mi opinion no hay mas que un medio, que es establecer en el edificio una corporacion que con espíritu de tal lo cuide y mantenga, cualquiera que su nombre sea, que en punto á nombres no es regular pararse ni asustarse, tratándose de un asunto de tanto interés: de lo contrario la degradacion sucesiva del edificio es inevitable. Ni en la diligencia del administrador del real sito, ni en el estrecho círculo de sus escatinadas atribuciones cabe el atender á tan vasto cargo, ni reparar todos los quebrantos. Gotera que se remediaba con cortísimo desembolso, mientras va el parte, viene la órden, se forma el presupuesto y se agupan los trámites oficinescos, levanta ya considerable costo, si no ha hecho daños irremediables. Unas cuantas han acabado con el techo de la galería de batallas pintado de bellísimos grotescos por los hermanos Bergamascos, Fabricio y Granelo, y si en la bóveda de la escalera principal se abriesen algunas (cosa muy natural atendido el ventarron casi continuo) á poco que se descuidasen darían en el suelo con los celebrados frescos de Jordan. Ya en el día en un

abandono deplorable se empolva, reseca y desecara la famosa cuna del Ticiano que está en el refectorio, y hace años que la torre del ángulo de mediodía y poniente rajada y ladeada amenaza mayores daños. Yo he sido testigo mas de una vez del celo del actual administrador; pero además de tener las manos atadas, raya en imposible que la diligencia de un solo hombre pueda vencer tantas dificultades. En una palabra creo difícilísimo que el Escorial se conserve sin una corporacion que lo cuide y habite.

Al hablar de este viaje que ha dejado en mi alma impresiones hondas y duraderas, me he credo obligado á dar mi pobre opinion y desinteresado consejo al gobierno, opinion y consejo de que participan cuantos hombres celosos del nombre español he oido hablar de este asunto. Con él está ligada mas íntimamente de lo que muchos creen la honra de la nacion, pues cuando blasonamos de amigos de las lices y de la regeneracion de nuestro país, sería pomeros en notable desacuerdo con nuestros propios principios, dejar venirse al suelo este monumento de positarío de tantos nombres ilustres, muestra del gran injenio de Juan Bautista de Toledo y de Herrera, y de la capacidad y poderío de Felipe II.

(3) Estas páginas de la historia del mundo, escritas no con sangre sino con los caracteres inimitables de las artes, encierran mas elementos de civilizacion y de adelanto que otras muchas teorías y sistemas, cuyo único mérito consiste principalmente en no haberse ensayado en el teatro de la experiencia. Creaciones que con tanta claridad interpretan y desenvuelven los axiomas del sentimiento, son de todos tiempos y lugares y tienen hecha la prueba de su nobleza y aun de su utilidad. El Escorial por ambos conceptos merece la aficion de todos los españoles; tanto val-

(3) «Fue Felipe II, desistiendo en la jequería y arquitectura, y tenía tanta destreza en disponer las trazas de palacios, castillos, jardines y otras cosas, que cuando Francisco de Mora, ni tío, trazador mayor suyo, y Juan de Herrera, su antecesor, le trahian la primera planta, así mandaba quitar ó poner ó mudar, como si fuera un Viñtomblo ó Sebastiano Serrino: alcanzó tanto en esta facultad que escudó á los mas peritos della: y por ser tanta su destreza y aficion, tenía ni tío todos los días una hora determinada para acudir á la consulta de las trazas con su Magestad, que fué inclinadísimo á edificar como lo manifestan las innumerales obras que hizo.—Portico.—Bichos y hechos de Felipe II, capítulo 9.

dría arrancar de la historia y de la memoria de los hombres las jornadas de Lepanto y de Pavía, como dejar apagarse esta antorcha resplandeciente del gran siglo XVI.

ENRIQUE GIL.

FANTASIA.

I.

Venid en la bruma que vuela perdida,
Espíritus vagos, venid á llorar.
Venid en la bruma que pasa dormida
Por cima el desierto, por cima la mar.

Venid; ya los vientos del alto bajaron,
Dó siempre acechando los cielos están;
El llano cruzaron, el monte cruzaron,
Llorando á lo largo del páramo van....

Allá en la montaña se sienten lamentos,
En lo hondo del bosque se siente plañir,
Enciema las nubes amaragos acentos
Se escuchan pasando.... pasando jennir.

El aura no muere su dulce sonrisa,
Meada en el éter en blando vaiven....
Que lloren, que lloren los vientos apisa,
Los montes, las selvas, las nubes también.

Llegad como sombras que cruzan la sombra,
Espíritus vagos, sin forma llegad;
El triste y oculto suspiro que asombra
Dél hondo del mundo misterio lanzad.

Yo enciendo los vientos y al sol me levanto
Reynado en el humo que arroja el volcan.
Yo al rayo en carrera veloz me adelanto
Trenzado en las bandas del ruido huracan.

Yo duermo en las flores de suave fragancia,
Durmiendo me besa la faz.... no sé quién;

Si miro, no hay nada, y á larga distancia
Las auras que corren tan solo se ven.
Nosotros orillas de oculto camino
En círculo entero volamos como cruz.
Sin sombra en el suelo, sin sombra en la luz.

Nosotros, oscura la noche, salimos
Huyendo la luna si llega á alumbrar.
El sitio ignoramos de donde partimos,
El sitio ignoramos adonde llegar.

Yó, espíritu ignoto, sin vida, sin llanto
Que escape suspiros, no sé que es de mí.
No tiene principio ni fin mi quebranto,
No sé porque siempre jimiendo viví.

Oíd como el centro del mundo pregunta
«¿Quién llora tan triste y horriblo allá?
¿Acaso la tierra se queda difunta?
¿O el alma del hombre muriéndose está?»

Sí, el alma del hombre, sí, el jénio del hombre
Que en tristes canciones se deja sentir,
Al ver de esta vida el desierto sin nombre
Dó se halla, se siente de pena morir.

Por eso del sauce mirad suspendida
La lira del jénio; perdióse el cantor,
Perdióse, que en vano la seña alijida
Dó se halla pregunta con triste rumor.

Orilla al torrente que nunca su paso
Detiene, llorando quizás estará.
Es cierto, buscadle, que acaso esté, acaso
Llorando á la orilla de la eternidad.

Vayamos al cielo. Si un cielo hay alzado
Mas alto que el cielo, busquémosle allí.
En trémula nube se habrá levantado,
Lujosa y tendida, color carnesí.

A dó levantarse? No hay cielo que el cielo
En sombras y sombras perdido se há.
Su cántico triste que en fervido anhelo
Oímos un tiempo, jamás se oirá.

Yo en sombra vestido y en sombra arrastrado
Bijiendo en cadenas feroz vendabal,